

Dario Fo y Franca Rame **¡Aquí no paga nadie!**

Traducción de
Mónica Zavala Matteini

Introducción de
Juan Pablo Heras



ACTO PRIMERO

Un piso modesto de una familia obrera. A la izquierda del escenario, un aparador con vitrina, una cama. A la derecha, un perchero, y a su derecha, un armario de una puerta. En el centro, una mesa y tres sillas. Al fondo, una alacena con la vajilla, una nevera, una cocina de gas y, detrás, dos bombonas para soldadura autógena. Para las escenas que suceden en el exterior, se ve un telón de boca que representa El cuarto estado, de Giuseppe Pellizza da Volpedo.

En realidad, hoy, esta acción está ambientada en la calle.

Con la luz, entra ANTONIA (la dueña de la casa), seguida de MARGARITA (una amiga más joven). Van por la calle, cargadas con bolsas de plástico llenas hasta los topes.

ANTONIA. Menos mal que nos hemos encontrado, porque, si no, no sé qué hubiera hecho para subir todo esto... Deja que me recupere.

MARGARITA. ¿Se puede saber de dónde has sacado el dinero para comprar tantas cosas?

ANTONIA. ¡Ya te he dicho que lo he ganado con puntos! Fíjate que dentro de un paquete de detergente me he encontrado una moneda de oro... con la cara del papa, por la gracia de dios, que en la lotería de este año ha perdido treinta y cinco millones de euros.

MARGARITA. ¡Qué falta de fe! ¡Por fin los ricos también lloran! ¡Pero deja de hablar de monedas de oro!

ANTONIA. ¿Qué pasa? ¿Es que no te lo crees?

MARGARITA. ¡Pues no!

ANTONIA. Vale, pues entonces te cuento otra cosa...
A ver, había un... (*MARGARITA, harta, hace ademán de marcharse*). ¿A dónde vas?

MARGARITA. ¡Me voy!

ANTONIA. ¡Anda, ven..., picajosa! Siéntate..., venga, que te cuento la verdad...

MARGARITA. (*Se sienta sobre un paquete de botellas de agua*). Venga, cuenta.

ANTONIA. Esta mañana he ido a hacer la compra porque habían anunciado descuentos. Llegamos al súper... No sé ni cuántas éramos... A ver, había unas cuantas mujeres e incluso algún hombre a berrido limpio protestando porque habían vuelto a subir los precios del día anterior. ¡Qué locura! Y el director intentaba que nos tranquilizásemos: «Yo no puedo hacer nada», decía. «Los precios los ponen en dirección, y son ellos los que deciden la subida». «¿Cómo que ellos lo deciden? ¿Con qué

permiso?», dice una mujer. «No necesitan el permiso de nadie, es legal, hay libertad de precios, es la libre competencia». «¿Libre competencia contra quién? ¿Siempre tenéis que ir contra nosotros? ¡Nos estáis arruinando! Nos subís los precios... ¡La bolsa o la vida!». Y yo: «Sois unos ladrones». ¡Y luego me he escondido, porque me ha dado mucho miedo!

MARGARITA. ¡Muy bien hecho!

ANTONIA. Después, una ha dicho: «¡Basta ya! Hoy los precios los vamos a poner nosotros. Vamos a pagar lo que pagábamos el mes pasado. De hecho, vamos a echar cuentas de lo que nos costaba en liras». Y una ha dicho: «¡Bueno, más o menos la mitad de lo que cuesta ahora!». Y otra ha dicho: «¡Si os ponéis en ese plan, nos lo llevamos y no pagamos nada! ¿Lo entiendes? ¿Lo tomas o lo dejas!?». La cara del director era un poema, se ha puesto blanco como el papel: «¡Estáis como una cabra! ¡Voy a llamar a la policía!». Sale disparado hacia la caja para llamar por teléfono..., pero el teléfono no funciona. Alguien había arrancado el cable. «¡Abran paso, abran paso! ¡Tengo que ir a dirección! ¡Abran paso...! ¡Que me dejen pasar!». Pero no conseguía hacerse un hueco... con tantas mujeres a su alrededor... y él empuja... y empuja... y nosotras también empujamos, y una mujer fingía que le habían dado un puñetazo en la tripa, se tiró al suelo y se hizo la desmayada.

MARGARITA. ¡Pero qué tía!

ANTONIA. ¡Tendrías que haberla visto, una artistaza!

Parecía de verdad... Una mujerona gorda, mayor, levanta un dedo, que parecía una ametralladora..., señala al director y le dice: «¡Cobarde! Te has aprovechado de una pobre mujer que podría estar embarazada. ¡Como pierda al niño, prepárate para la que te va a caer! ¡Vas a acabar en la cárcel! ¡Asesino!». Y después todas a coro: «¡In-fan-ti-ci-da, in-fan-ti-ci-da, in-fan-ti-ci-da!». (*Sonora carcajada*). ¡Me meaba de la risa!

MARGARITA. ¿Y al final qué ha pasado?

ANTONIA. Bueno, al final el tonto del director, muerto de miedo, ha tragado y hemos pagado lo que acordamos entre todas. La verdad es que alguna se ha pasado y ha querido dejar a deber... (*se ríen*) sin dejar su nombre: «¡No, no pienso decirle dónde vivo», decía, «que usted, querido director, es capaz de denunciarme..., que le conozco! Tiene que confiar, tiene que tener fe. (*Las mujeres se levantan y hacen ademán de irse con las bolsas*). Su supermercado de confianza... ¿No es eso lo que siempre decís? ¡Así que hasta pronto! ¡Y con confianza!».

MARGARITA. (*Ríe*). Ja, ja, ja.

ANTONIA. «¡Que viene la policía!», gritaba alguien... (*Deja las bolsas en el suelo*).

MARGARITA. (*Intenta escapar*). ¡¿Eres tonta?! ¡Qué susto me has pegado!

ANTONIA. No, porque era una falsa alarma... Pero hemos salido todas corriendo... Algunas se dejaban las bolsas en el suelo, otra se ha echado a llorar del sofocón que tenía. «¡Calma!». Han aparecido los conductores de tranvía y los empleados del Ayuntamiento, que se estaban manifestando en la puerta, porque llevaban tres años sin que les revisaran el contrato. «¡Calma! ¡Calma! ¿Pero qué os pasa? ¿Tenéis miedo de que venga la policía? ¡Por dios! ¡Pero si tenéis derecho a exigir pagar un precio más justo! ¡Esto es como si fuera una huelga. Bueno, no, esto es mucho mejor que una huelga, porque en las huelgas los obreros nos quedamos sin sueldo... y en esta huelga el patrón es el que sale perdiendo!». (*MARGARITA ríe y aplaude*). «¡Si no nos pagan, no pagamos! ¡Sin paga, no pagamos! ¡Y esto es por toda la pasta que nos habéis robado al hacernos pasar de la lira al euro y por todos los años que llevamos comprando aquí!». Y venga a coger cosas e irse.

MARGARITA. ¿Sin pagar?

ANTONIA. ¡Sí! Y entonces me lo he pensado... He tenido una lucha conmigo misma..., una lucha tremenda, y después... he vuelto a hacer la compra. «¡Sin paga, no se paga!», gritaba yo también. Y las demás: «¡Eso! ¡Sin paga, no se paga!». ¡La desmayada se ha recuperado rápido! Recorría las estanterías: «¡No se paga! ¡No se paga! ¡No se paga!». ¡Parecía la toma de la Bastilla!

MARGARITA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué maravilla! ¡Qué rabia me da no haber podido estar! Todo el día en el *call center*... «Buenos días. Soy Margarita, ¿puedo ayudarle en algo? ¿Le interesa nuestra nueva oferta?».

(Se abre el telón de boca y nos encontramos en el apartamento de ANTONIA).

ANTONIA. Y entonces nos dicen que venía la policía, esta vez de verdad... ¡Y salimos todos pitando por las calles laterales! ¡Menos mal que me he encontrado contigo y me has ayudado con las bolsas...! ¡Estoy tan emocionada! ¡Mira, yo esto lo haría todos los días! ¡No solo por no haber pagado, sino porque de repente estábamos todos juntos, mujeres y hombres, por algo que era justo... y valiente!

MARGARITA. Pero, perdona, ¿y ahora qué vas a contarle a tu marido? No irás a decirle lo de los puntos...

ANTONIA. ¿Tú crees que no cuela?

MARGARITA. Yo creo que no.

ANTONIA. Ya, claro... A lo mejor es demasiado para él. Es que con lo legalista que es... me la monta fijo. Y eso sin contar con que hoy me he gastado el poco dinero que me quedaba y mañana no voy a tener ni un duro para pagar el gas, la luz y la hipoteca..., que la puse variable... Ya no sé ni cuántos meses llevo sin pagarla...

MARGARITA. Bueno, si es por eso, yo tampoco tengo un duro... Y el alquiler, llevo meses sin pagarlo, que como se entere Luis... (*Ayuda a ANTONIA a colocar la compra*). Y ni siquiera he podido hacer la compra que has hecho tú...

ANTONIA. Eso se soluciona rápido. Aquí hay comida para un regimiento... Coge lo que quieras y te lo llevas a casa.

MARGARITA. No, no, por favor... Gracias, pero no la quiero... Y es que, además, ya te lo he dicho, no te la puedo pagar.

ANTONIA. (*Seria*). Bueno, si no tienes dinero para pagarla... (*Cambia el tono*). ¡Pero tú eres tonta! Más de la mitad me la he autorregalado... ¡¿Y crees que te la voy a cobrar?! ¿Por quién me tomas? ¡Hoy nos han fiado! ¡Venga, llévatela, que además ya no tengo ni sitio donde meterla!

MARGARITA. Sí, claro, ¿y qué le cuento yo a mi marido? «¡Esto es medio robado!». ¡Me va a matar! Que no, que no.

ANTONIA. (*Mientras habla, saca latas de la bolsa*). El mío no, el mío no me mata porque lo prohíbe la ley... ¡Pero me va a matar a base de broncas! Se asomará a la ventana y gritará: «¡Mi mujer es una ladrona!» (*ANTONIA avanza hasta el proscenio, hasta una ventana a la que se asoma*). Mencionará su honor y su nombre arrastrado por el fango: «¡Antes morir de hambre que ir contra la ley! ¡Yo he paga-

do siempre hasta el último céntimo!... ¡Pobre pero honrado!». ¡Y se meterá en el armario!

MARGARITA. (*Maravillada*). ¿En el armario?

ANTONIA. ¡Pues claro! Cada vez que discutimos..., desde hace veinte años..., se encierra en el armario... No para de sudar, pero no sale. ¡Él se organiza ahí dentro! Tiene su lamparita, su banqueta... Se mete y se lee todo el proyecto sindical..., se lo aprende de memoria. ¡Solo abre para insultarme! Basta de cháchara, que voy a hacer una sopa..., que tengo un hambre...

MARGARITA. Uy, el caso es que yo también...

ANTONIA. ¿Nos preparamos una comidita...? ¡Uf, qué hambre! Hoy he ido dos horas a limpiar a la guardería y he ayudado a dar de comer a los niños... ¿Sabes que les he robado la papilla? Les metía la cuchara, «¡Come, come..., que está muy buena... Mira..., yo también me la como! Aaam, aaam...». ¡¡¡Casi me como hasta la cuchara!!! ¡Qué vergüenza, pobre niño! (*Mira una lata que tiene en la mano*). ¿Pero esto qué es? (*Lee*). ¿Preparado a base de carne para perros y gatos? ¡Pero bueno! (*Le pasa la lata a MARGARITA*).

MARGARITA. (*Lee*). ¡Homogeneizada y de diferentes sabores! ¿Por qué la has cogido?

ANTONIA. ¡Pero si no podía elegir! Se ve que con el trasiego he agarrado lo que primero que he pillado... (*Coge otra lata*). ¡Y esto!

MARGARITA. (*Lee*). ¿Alpiste para canarios?! Pío..., pío..., pío... (*Ríe*).

ANTONIA. Bueno, menos mal que no lo he pagado, que si no iba a tener que comerme una. (*Lee*). «¡Cabeza de conejo congelada!».

MARGARITA. ¿Pero qué estás diciendo? ¿Una cabeza de conejo?! ¿Ahora congelan las cabezas de conejo?!

ANTONIA. Mira lo que pone: «Para enriquecer la comida de vuestros pollos..., cinco cabezas de conejo por cincuenta céntimos...».

MARGARITA. ¡Pues son bien baratas!

ANTONIA. (*Con disgusto*). ¡Y ni siquiera puedo ir a devolverlas, porque, si me ven, me detienen! En fin, qué le vamos a hacer...

MARGARITA. (*Ríe divertida*). ¡Pero esto es increíble! ¿Y tú querías que me llevase esta porquería a mi casa?

ANTONIA. ¡Claro que no! Si a mí me encantan las cabezas de conejo... Ya me las como yo... Tu llévate lo normal: aceite, pasta... Venga, muévete, que además tu marido tiene el turno de noche y tienes tiempo de sobra para esconderlo. (*Vuelve a meter las latas en la nevera*).

MARGARITA. Sí, claro. ¿Y si viene la policía a registrar casa por casa?

ANTONIA. ¡Pero no digas tonterías, cómo va a venir la policía! Esta mañana en el súper estaba el barrio entero... Anda que... (*Se asoma a la ventana*). Somos unas diez mil familias... La policía no tiene

nada mejor que hacer que venir a registrarnos uno por uno... (*Mira hacia el otro lado, alarmada*). ¡Mierda, mi marido! Está justo abajo. Que sube, que sube. Y no he escondido la compra... Guárdame esto...

MARGARITA. (*Asustada*). ¿Dónde lo meto?

ANTONIA. ¡Debajo del abrigo! (*MARGARITA se mete las cosas dentro del abrigo hasta el vientre*). Ayúdame a meter lo mío debajo de la cama... (*Rápidamente, carga las bolsas que hay sobre la mesa y las mete bajo la cama. Mientras, sigue hablando*). Si Juan me pilla con esto, llama a la policía: «¡Agente, arreste a mi mujer! ¡Es una ladrona! ¡Una asesina! ¡Restauren la pena de muerte!». ¡Venga, corre..., bloquéale la entrada! Cuéntale algo...

MARGARITA. ¿Qué quieres que le cuente?

ANTONIA. ¡Lo que sea! ¡Que en la tele han dicho que dentro de unas horas va a haber un apagón total, que la ciudad entera se va a quedar a oscuras!

MARGARITA. ¿De verdad? ¿Y eso cuándo lo han dicho?

ANTONIA. ¡No lo han dicho...! ¡Dios, qué sosa eres!

MARGARITA. (*Se acerca a la puerta y se topa con el marido de ANTONIA, JUAN, que está entrando en casa*).

Buenos días, Juan...

ANTONIA. Ah, buenos días, Margarita... ¿Cómo estás?

MARGARITA. (*Deprisa, muy nerviosa*). Bien, gracias...

Perdona..., tengo que irme a casa corriendo porque viene el apagón... Adiós, Antonia... (*Sale*).

ANTONIA. (*JUAN mira perplejo el tripón de MARGARITA mientras sale*). Juan, ¿qué haces ahí pasmado? ¡Por fin has vuelto, ya era hora! ¿Dónde has estado?

JUAN. ¿Pero qué le pasa a Margarita?

ANTONIA. ¿Qué le pasa de qué?

JUAN. ¡Pues que está enorme por delante, tiene un tripón!

ANTONIA. ¿Y qué? ¿Es la primera vez que ves a una mujer casada con un tripón?

JUAN. ¿Quieres decir que está embarazada?

ANTONIA. (*Pone la mesa para la cena: mantel, platos, vasos y cubiertos*). Bueno, eso es lo mínimo que te puede pasar cuando haces el amor.

JUAN. ¿Pero de cuánto está? El domingo pasado la vi y no me pareció...

ANTONIA. ¿Desde cuándo sabes tú algo de mujeres? ¡Además, que el domingo pasado fue hace una semana..., y en una semana puede pasar cualquier cosa!

JUAN. Mira, yo seré un imbécil, pero no hasta ese punto... Y además Luis, su marido, trabaja en el mismo departamento que yo, de hecho, a mi lado, y me cuenta siempre todas sus cosas y las de su mujer... y no me ha dicho nada sobre que estuvieran esperando un niño...

ANTONIA. (*No sabe cómo salir*). Bueno, hay cosas que a veces a uno... no le apetece ir contando por ahí.

JUAN. ¿Cómo que no le apetece contarle? ¿Pero eres tonta? ¡¿Cómo no le va a apetecer contar que su

mujer está embarazada?! ¿Le da vergüenza? «¡Qué horror, he embarazado a mi mujer!».

ANTONIA. (*Busca las palabras*). Puede... que no te lo haya dicho porque... todavía no lo sabe. (*JUAN la mira atónito. Ella sigue impertérrita*). Y si él no lo sabe, ¿cómo te lo va a contar a ti?

JUAN. ¡¿Pero cómo no va a saberlo?!

ANTONIA. Bueno..., ¿será que ella no se lo ha querido decir!

JUAN. ¡¿Cómo que no se lo ha querido decir?!

ANTONIA. Pues sí, porque ella... es muy discreta... y también porque Luis... siempre le dice que todavía es muy pronto, que no es el momento, que, con la crisis que hay, primero tienen que asentarse..., que, si se queda embarazada, la empresa en la que trabaja la pone de patitas en la calle. De hecho, él está empeñado en que tome la píldora.

JUAN. Y, si toma la píldora, ¿cómo se ha podido quedar embarazada?

ANTONIA. Bueno..., ¿debe ser que no le ha hecho efecto! ¿A veces pasa!

JUAN. Y, si a veces pasa, ¿por qué se lo oculta a su marido? ¿Qué culpa tiene él?

ANTONIA. Bueno, puede que la píldora no le haya hecho efecto porque... ella no se la ha tomado... Y la píldora..., si no te la tomas... (*no sabe qué decir*), puede pasar que la píldora... no te haga efecto. (*Coge una escoba y empieza a barrer la casa*).

JUAN. ¿Pero qué dices?!

ANTONIA. (*Con tos nerviosa*). Margarita es muy católica, y como el papa ha dicho que la píldora es pecado mortal...

JUAN. ¿Pero estás tonta? ¡Hablas como una loca! Dices que la píldora no le hace efecto porque no se la toma... ¡El papa! ¡Ella con un tripón de nueve meses y el marido no se da ni cuenta?

ANTONIA. (*Cada vez más agobiada*). Puede que Luis no se haya dado cuenta... porque Margarita... ¡se venda la tripa!

JUAN. ¡¿Se la venda?!

ANTONIA. ¡Pues sí, se venda mucho, se la aprieta... para que no se le note! De hecho, justo hoy, cuando me la he encontrado por la calle, le he dicho: «¡Pero Margarita!, ¿sigues vendándote?». Se lo he dicho de un modo que casi se quita la venda allí... en medio de la calle. «Estás loca. ¿Acaso quieres perder el niño? ¡Lo vas a ahogar! ¡Quítate ahora mismo esa venda! Y, mira, si te despiden, ¡peor para ellos! ¡El niño es lo más importante!». ¿Crees que he hecho bien?

JUAN. ¡Pues claro que has hecho bien! ¿Qué quieres que crea?

ANTONIA. ¿He sido buena?

JUAN. Sí, sí..., muy buena.

ANTONIA. Así que Margarita se viene a casa y ha decidido desvendarse, y, ¡¡¡plaf!!!, ¡¡¡un tripón!!! ¡¡¡Tendrías que haberlo visto!!!